



Para las cosas se completan

A regañadientes



y a tropicicones, que hubo que repetir la escena cinco veces — aunque a algunos les gusta recordar que fueron siete; pero la pequeña de las Salcedo dice que eso no hay que tomarlo demasiado en cuenta puesto que de toda la vida ha habido gentes exageradas que gustan de desmesurar las cosas y sacarlas de su contexto y de su realidad — y hasta en alguna (que unos asegurarían hasta la saciedad que era la tercera y otros se empecinan en mantener que fue la cuarta) demorar tanto el marcharnos a cenar que, cuando al fin nos sentamos a la mesa, la mazamorrilla se había quedado tan reseca que no era posible tomarla según era costumbre con cuchara y fue motivo de que papá pudiera posar (no vestido de husar y para enorme disgusto de la de Durán, que siempre había soñado con ver a su nieto con la pechera cuajadita de condecoraciones y hasta había sugerido que por qué no luciendo la cruz de Malta o el toisón de Isabel la Católica porque que qué trabajo costaba y aunque fuera sólo para la fotografía del cuarto de estar) el tenedor en el borde del plato con tanta sensatez y tanto aplomo que dio pie — sin pretenderlo, en su inocencia, el pobrecillo, tan recién llegado como estaba y siendo aquella además su primera experiencia — a que, como consecuencia de su larga y serena disertación acerca de lo muy engañoso y fugaz (él dijo “lábil”) de nuestros pasos por nuestros propios estares en nuestros mundos, la señorita Violeta se pusiera más histérica e impaciente de lo que jamás hubiese cabido esperar de una persona tan nerviosa e insegura como ella, que nos tenía siempre en vilo sin saber si iba a estar a la altura de qué se esperaba de ella (o qué esperaba por lo menos doña Magdalena, que ya estaba colocada en su sitio y con el pañuelo planchado y doblado en la bocamanga,

Y cuando quisiera reconocer honestamente y asumiendo toda mi responsabilidad — no recuerdo si entre plato y plato o ya en el postre — que todo había tenido lugar en mi imaginación y sólo en mi imaginación y en ninguna otra parte y sin la intervención — que yo supiera, al menos — de nada ni de nadie más — escribamos fuerte a unos hechos consumados y ante una situación que no tenía ya vuelta atrás por una razón que de puro sencillez habría tenido que resultar previsible sabiendo — como sabía todo el mundo a la vista de con cuánta deferencia la señorita lo trataba eligiendo siempre sus habilidades que, decía, “son una verdadera gloria las personas tan españolas” y augurando que llegaría lejos — que esmerteronada y ambiciosa, embriagada de sus deseos irrefrenables de introducir innovaciones que dejaban a todos con la boca abierta, Georgina no iba a consentir en modo alguno que nada, absolutamente nada, volviera a ser tal y como se veía conociendo desde siempre ni que nada, absolutamente nada, conservara el más mínimo recuerdo de un pasado que ella, envenenada por la envidia, detestaba hasta extremos tales que, estúpida — albidita, en cierto modo, porque de toda la vida se ha dicho que los trabajos manuales son muy relajantes pero a mí las labores de aguja y sobre todo el punto de media, en particular siempre me han puesto terriblemente nerviosa —, no iba a permitir la pena seguir con el jersey de ochos que le estaba haciendo a Custodia después de tanto y cómo aunque a regañadientes, tan corta la paciencia y tan pruriente, había pasado y berrando (mal, porque era condescendiente en estado puro, pero con mucha

¹ O ahí, si no estaba la prueba personalizada en el momento que conservaba, en su interior, el resguardo del molinillo de café que yo y sólo yo había usado a erróneo.

² Con tan poco espíritu que costó Dios y ayuda el conseguir que se arrancara.

lista para intervenir) o si iba a salir por los cerros de Úbeda.

Así que, y a pesar de los pesares, todo salió a pedir de la mayoría de las bocas menos exigentes y más cualificadas, y la Ercilla contó entusiasmada que es que no hay mal que por bien no venga aunque (porque la Ercilla era demasiado humilde para darse importancia de forma tan descarada) no dijo ni pío de la escandalera que preparó porque la mazamorrilla no le gustaba, protestando de que la habíamos traído engañada y en la creencia de que lo que tocaba aquella noche era los zancarrones de faisán; y que para al remate un plato tan pobretón podía ella haber participado ya incluso en la versión uno, o aunque fuese en la dos o en la tres, y haberse visto libre cuanto antes de la engorrosa obligación de ser mamá, tan remilgada y — en su opinión — hasta un poquito cursi.